

Peter Burke

---

LA REVOLUCION  
HISTORIOGRAFICA FRANCESA

Serie: CLA • DE • MA  
HISTORIA

## 2

# Los fundadores: Lucien Febvre y Marc Bloch

En su primera generación, el movimiento de *Annales* tuvo dos directores, no uno: Lucien Febvre, un especialista en el siglo XVI, y el medievalista Marc Bloch. Sus maneras de abordar la historia eran singularmente semejantes, aunque ambos hombres tenían temperamentos muy diferentes. Febvre, ocho años mayor que Bloch, era hombre expansivo, vehemente y combativo, con tendencia a increpar a sus colegas si éstos no hacían lo que él deseaba; en cambio Bloch era sereno, irónico y lacónico, con un amor casi inglés por la reserva y los sobrentendidos.<sup>1</sup> A pesar de estas diferencias o quizás a causa de ellas, estos dos hombres trabajaron juntos y armoniosamente durante los veinte años del período transcurrido entre las dos guerras.<sup>2</sup>

### 1. Los primeros años

Lucien Febvre ingresó en la Ecole Normale Supérieure en 1897. En esa época, la Ecole estaba completamente separada de la Universidad de París. Era un colegio pequeño pero intelectualmente vigoroso que alguien hubo de llamar “el equivalente francés de Jowett’s Balliol”.<sup>3</sup> No admitía más de cuarenta alumnos por año y estaba organizada según las líneas de una tradicional escuela pública británica (todos los alumnos eran pupilos y se observaba una estricta disciplina).<sup>4</sup> La enseñanza se impartía por seminarios, no por lecciones, y esos seminarios estaban dirigidos por estudiosos distinguidos de diferentes disciplinas. Aparentemente Febvre era “alérgico” al filósofo Henri Bergson, pero aprendió mucho de cuatro de los colegas de Bergson.<sup>5</sup>

El primero de éstos fue Paul Vidal de la Blache, un geógrafo interesado en colaborar con historiadores y sociólogos; había fundado una nueva revista, *Annales de Géographie* (1891), para fomentar este

enfoque.<sup>6</sup> El segundo de esos profesores de la Ecole era el filósofo y antropólogo Lucien Lévy-Bruhl; buena parte de su obra estaba dedicada a lo que Lévy-Bruhl llamaba “pensamiento prelógico” o “mentalidad primitiva”, un tema que afloraría en la obra de Febvre en la década de 1930. El tercer profesor era el historiador de arte Emile Mâle, uno de los primeros en concentrarse, no en la historia de las formas, sino en la historia de las imágenes, en la “iconografía”, como se la llama generalmente hoy. Su famoso estudio del arte religioso del siglo XIII se publicó en 1898, año en que Febvre entraba en la Ecole. Por último estaba el lingüista Antoine Meillet, un discípulo de Durkheim particularmente interesado en los aspectos sociales del lenguaje. La admiración que Febvre sentía por Meillet y su interés por la historia social del lenguaje se manifiestan en una serie de reseñas de libros lingüísticos que Febvre redactó entre 1906 y 1926 para la *Revue de Synthèse Historique*<sup>7</sup> de Henri Berr.

Febvre también debía mucho a historiadores anteriores. Durante toda su vida fue admirador de la obra de Michelet. Reconocía a Burckhardt como a uno de sus “maestros” junto con el historiador del arte Louis Courajod. También confesaba una influencia algo más sorprendente en su obra, la de la *Historie socialiste de la révolution française* (1901-1903), compuesta por el político izquierdista Jean Jaurès, “tan rico en intuiciones económicas y sociales”.<sup>8</sup>

La influencia de Jaurès puede apreciarse en la tesis doctoral de Febvre. Febvre decidió estudiar su propia región, el Franco Condado, la región que se extiende alrededor de Besançon, a fines del siglo XVI, cuando estaba gobernado por Felipe II de España. El título de la tesis, “Felipe II y el Franco Condado”, enmascara el hecho de que el estudio mismo era una importante contribución a la historia social, cultural y política. Trataba no sólo la rebelión de los Países Bajos y el surgimiento del absolutismo, sino también la “enconada lucha de dos clases rivales”, la nobleza en decadencia y endeudada y la ascendente clase burguesa de los mercaderes y abogados que compraban las tierras de los nobles. Este esquema parece marxista, pero Febvre difiere fundamentalmente de Marx al describir la lucha entre los dos grupos concebida “no como mero conflicto económico sino también como conflicto de ideas y sentimientos”.<sup>9</sup> Su interpretación de ese conflicto y de la historia en general no era muy diferente de la de Jaurès, quien pretendía ser al propio tiempo “materialista con Marx y místico con Michelet”, al conciliar fuerzas sociales con pasiones individuales.<sup>10</sup>

Otro rasgo impresionante del estudio de Febvre es el relacionado con su introducción geográfica, en la que se describen los contornos distintivos de la región. La introducción geográfica que casi era *de*

*rigueur* en las monografías provinciales de la escuela *Annales* durante la década de 1960 puede haberse modelado de conformidad con el famoso *Mediterráneo* de Braudel, pero no tuvo su origen en él.

Febvre estaba lo bastante interesado en la geografía histórica para publicar (por instigación de Henri Berr, el editor de la *Revue de Synthèse Historique*) un estudio general tópico con el título *La terre et l'évolution humaine*. Este estudio había sido planeado antes de la Primera Guerra Mundial, pero quedó interrumpido cuando su autor tuvo que cambiar sus funciones de profesor universitario por las de capitán de una compañía de artilleros. Después de la guerra, Febvre continuó trabajando en su estudio con la ayuda de un colaborador. La obra se publicó en 1922.

Este extenso ensayo, que molestó a algunos geógrafos profesionales porque era obra de un extraño a esa actividad, desarrollaba las ideas del antiguo maestro de Febvre, Vidal de la Blache. Importante para Febvre, aunque de diferente manera, fue el geógrafo alemán Ratzel. Febvre era una especie de ostra intelectual que producía sus ideas más fácilmente cuando se sentía irritado por las conclusiones de un colega. Ratzel era otro pionero de la geografía humana (*Anthropogeographie*, como él la llamaba), sólo que, a diferencia de Vidal de la Blache, hacía hincapié en la influencia que tenía el ambiente físico sobre el destino humano.<sup>11</sup>

En este debate desarrollado entre el determinismo geográfico y la libertad humana, Febvre prestaba caluroso apoyo a Vidal y atacaba a Ratzel al hacer notar la variedad de posibles respuestas al desafío de un ambiente dado. Para él, no había necesidades, sólo había posibilidades (*Des nécessités, nulle part. Des possibilités, partout*).<sup>12</sup> Un río —para citar uno de los ejemplos favoritos de Febvre— podría ser considerado por una sociedad como una barrera y por otra como un camino. En última instancia, no era el ambiente físico lo que determinaba esta decisión colectiva, sino que eran los hombres, su modo de vida y sus actitudes. Entre éstas, Febvre incluía las actitudes religiosas. En una discusión sobre ríos y caminos, Febvre no se olvidó de tratar los caminos de las peregrinaciones.<sup>13</sup>

La carrera de Bloch no fue muy diferente de la trayectoria de Febvre. También él asistió a la Ecole Normale, donde su padre Gustave enseñaba historia antigua. También él recibió las enseñanzas de Meillet y de Lévy-Bruhl. Sin embargo, como lo muestran sus últimas obras, recibió sobre todo la influencia del sociólogo Emile Durkheim, que comenzaba a enseñar en la Ecole más o menos en el momento en que llegaba a ella Bloch. Durkheim, que era él mismo ex alumno de la Ecole, había aprendido de los estudios realizados con Fustel de Coulanges a

tomar seriamente la historia.<sup>14</sup> En sus últimos años, Bloch reconocía la profunda deuda que tenía con la revista de Durkheim, *Année Sociologique*, leída con entusiasmo por numerosos historiadores de su generación, tales como el clasicista Louis Gernet y el sinólogo Marcel Granet.<sup>15</sup>

A pesar del interés que sentía por la política contemporánea, Bloch decidió especializarse en la Edad Media. Lo mismo que a Febvre, le interesaba la geografía histórica y su especialidad fue la Ile-de-France, sobre la que publicó un estudio en 1913. Este estudio muestra que, también como Febvre, Bloch concebía una historia orientada por un problema. En un estudio regional llegó hasta a poner en tela de juicio el concepto mismo de región, aduciendo que ese concepto dependía del problema con el que tuviera relación. Y escribió: “¿Por qué debemos esperar que el jurista interesado en el feudalismo, el economista que estudia la evolución de la propiedad de las tierras en los tiempos modernos y el filólogo que trabaja con dialectos populares se detengan todos precisamente ante una idéntica frontera?”<sup>16</sup>

La atracción que sentía Bloch por la geografía era menor que la de Febvre, en tanto que su interés por la sociología era mayor. Sin embargo, ambos hombres pensaban de una manera interdisciplinaria. Bloch, por ejemplo, ponía el acento en la necesidad que tiene el historiador local de combinar el saber de un arqueólogo, de un paleógrafo, de un historiador del derecho, etc.<sup>17</sup> Evidentemente los dos hombres tenían que llegar a conocerse. Y la oportunidad llegó cuando fueron nombrados para ocupar cargos en la Universidad de Estrasburgo.

## 2. Estrasburgo

### El medio

El período de Estrasburgo en el que se encontraban diariamente Febvre y Bloch duró sólo trece años, desde 1920 a 1933, pero fue enormemente importante para el movimiento de *Annales*. La importancia de ese período fue tanto mayor cuanto que los dos hombres estaban rodeados por un grupo interdisciplinario extremadamente activo.

También vale la pena considerar el medio en que se reunió ese grupo. En los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial, Estrasburgo contaba con una nueva universidad, puesto que la ciudad acababa de ser recuperada de Alemania. Ese medio favorecía las innovaciones intelectuales y facilitaba el intercambio de ideas a través de fronteras disciplinarias.<sup>18</sup>

Cuando Febvre y Bloch se conocieron en 1920, poco después de

haber sido nombrado uno profesor y el otro *maître de conférences*, su conocimiento se convirtió rápidamente en amistad.<sup>19</sup> Sus despachos eran adyacentes y ellos dejaban las puertas abiertas.<sup>20</sup> En ocasiones compartían sus interminables discusiones con colegas, tales como el psicólogo social Charles Blondel, cuyas ideas fueron importantes para Febvre, y el sociólogo Maurice Halbwachs, cuyo estudio sobre la estructura social de la memoria, publicado en 1925, produjo profunda impresión en Bloch.<sup>21</sup>

Otros miembros de la facultad de Estrasburgo compartían o llegaron a compartir los intereses de Febvre y Bloch. Henri Bremond, el autor de la monumental *Histoire littéraire du sentiment religieux en France depuis la fin des guerres de religion* (1916-24), ejercía la docencia en Estrasburgo en 1923. El interés que sentía Bremond por la psicología histórica inspiró a Febvre para escribir su obra sobre la reforma.<sup>22</sup> Georges Lefebvre, el historiador de la Revolución Francesa, cuyo interés por la historia de las mentalidades era afín al de los fundadores de *Annales*, enseñó en Estrasburgo desde 1928 hasta 1937. No parece fantástico sugerir que la idea de Lefebvre del “gran temor de 1789” contenida en su famoso estudio debe algo al anterior estudio sobre los rumores compuesto por Marc Bloch.<sup>23</sup> Gabriel Le Bras, un pionero de la sociología histórica de la religión, también enseñaba en Estrasburgo, lo mismo que el historiador de la antigüedad André Piganiol, cuyo estudio sobre los juegos romanos publicado en 1923 revela el interés por la antropología, como el estudio de Bloch publicado un año después, *Los reyes taumaturgos*.<sup>24</sup>

Esta obra puede considerarse como una de las grandes obras históricas de nuestro siglo.<sup>25</sup> Se refiere a la creencia, corriente en Inglaterra y en Francia desde la Edad Media al siglo XVIII, de que los reyes tenían la facultad de curar escrófulas, una enfermedad ganglionar conocida como “el mal del rey”, a causa del poder del toque real, relacionado con el rito de tocar al enfermo para curarlo.

El tema puede aún parecer algún tanto marginal y ciertamente lo era en la década de 1920. Bloch hace una irónica referencia a un colega inglés que hizo un comentario sobre “ese curioso desvío de usted”.<sup>26</sup> Pero en cambio para Bloch el toque real no era ningún desvío sino que era una carretera real, ciertamente *une voie royale* en todo sentido. Tratábase del estudio de un caso que esclarecía importantes problemas. El autor pretendía con cierta justificación que su libro constituya una contribución a la historia política de Europa en el verdadero y amplio sentido de la palabra “político” (*au sens large, au vrai sens du mot*), porque el libro se refería a ideas de la realeza. “El milagro regio era sobre todo la expresión de una particular concepción del poder político supremo.”<sup>27</sup>

Este libro era notable por lo menos a causa de otros tres aspectos. En primer lugar, porque no se limitaba a considerar un período histórico convencional, como la Edad Media. Siguiendo el consejo que posteriormente habría de formular en términos generales en *El oficio del historiador*, Bloch eligió ese período para enfocar el problema, lo cual significaba que escribiría lo que Braudel habría de llamar una generación después “la historia de duración larga”. Esta perspectiva de largo plazo hizo llegar a Bloch a ciertas conclusiones interesantes, como por ejemplo la de que el rito del toque no sólo sobrevivió en el siglo XVII, la época de Descartes y de Luis XIV, sino que floreció en ese período como nunca antes, por lo menos en el sentido de que Luis XIV tocó a un número de pacientes mucho mayor que el de sus predecesores. No se trataba pues de una mera práctica “fósil”.<sup>28</sup>

En segundo lugar, el libro era una contribución a lo que Bloch llamaba “psicología religiosa”. El estudio se concentraba principalmente en la historia de milagros y concluía con una discusión explícita sobre el problema de explicar cómo la gente podía creer en semejantes “ilusiones colectivas”.<sup>29</sup> Bloch observaba que algunos pacientes regresaban para que se los tocara una segunda vez, lo cual indicaba que sabían que el tratamiento no había dado resultado; pero así y todo esa circunstancia no minaba la fe de los creyentes. “Era la expectación del milagro lo que creaba la fe en él” (*Ce qui créa la foi au miracle, ce fut l'idée qu'il devait y avoir un miracle*).<sup>30</sup> Según la famosa frase del filósofo Karl Popper, formulada unos años después, la creencia no era “falsificable”.<sup>31</sup>

Esta discusión de la psicología de la creencia no era el tipo de tema que uno esperaba encontrar durante la década de 1920 en un estudio histórico. Ese era asunto de psicólogos, sociólogos o antropólogos. En verdad, Bloch consultó sobre este libro a un psicólogo, su colega de Estrasburgo Charles Blondel y también a Febvre.<sup>32</sup> Asimismo Bloch conocía la obra de James Frazer y lo que decía *La rama dorada* sobre la realeza sagrada, así como tenía conciencia de lo que decía Lucien Lévy-Bruhl sobre la “mentalidad primitiva”.<sup>33</sup> Si bien Bloch no hizo un uso frecuente de esa expresión, su libro iniciaba una contribución a lo que hoy llamamos la historia de las “mentalidades”. El libro podría definirse también como un ensayo de sociología histórica o de antropología histórica, pues abordaba sistemas de creencias y la sociología del conocimiento.

La expresión que Bloch empleó más de una vez para describir su libro fue “representaciones colectivas” (*représentations collectives*), una frase estrechamente vinculada con el sociólogo Emile Durkheim, lo

mismo que la expresión “hechos sociales” (*faits sociaux*), que también puede encontrarse en páginas de Bloch.<sup>34</sup> En realidad, todo este enfoque debía no poco al de Durkheim y su escuela.<sup>35</sup> En cierto sentido por lo menos podría objetarse que la obra era demasiado durkheimiana.

Aunque Bloch pone cuidado en registrar las dudas sobre el toque real expresadas durante el largo período que abarca el libro, logra sin embargo dar una viva impresión de consenso, quizá porque no ofrece una discusión sistemática de la clase de personas que creían o no creían en el toque o de los grupos que tenían interés en que otras personas creyeran en el toque real. Bloch no trata el fenómeno desde el punto de vista de la ideología. Por supuesto, en los días de Bloch el concepto de “ideología” solía emplearse de una manera cruda y reduccionista. Hoy esto ya no es así, de suerte que resulta difícil imaginar a un historiador relacionado con *Annales*, a un Georges Duby por ejemplo, tratando el toque real sin recurrir hoy a ese concepto.

Un tercer rasgo que hace importante el estudio de Bloch es su interés por lo que el autor llamaba “historia comparada”. Algunas de las comparaciones se hacen con sociedades muy alejadas de Europa, como las de la Polinesia, aunque sólo se las compara al pasar y con considerable precaución (“*ne transportons pas les Antipodes tout entiers à Paris ou à Londres*”).<sup>36</sup> En el libro es central la comparación de Francia e Inglaterra, los únicos países de Europa donde se practicaba el toque real. Hay que agregar que esa comparación deja espacio para los contrastes.

En suma, en 1924 Bloch ya estaba practicando lo que iba a propiciar cuatro años después en un artículo titulado “Hacia una historia comparada de las sociedades europeas”. El artículo abogaba por lo que el autor llamaba “un empleo mejorado y más general” del método comparativo, el cual distingue el estudio de las similitudes entre sociedades y, por otra parte, el estudio de sus diferencias y además el estudio de sociedades vecinas en el tiempo y el espacio del estudio de sociedades alejadas unas de otras; pero Bloch recomendaba a los historiadores la práctica de todos estos enfoques.<sup>37</sup>

### **Febvre: sobre el Renacimiento y la Reforma**

Después de completar su antiguo proyecto de geografía histórica, Febvre, como Bloch, desplazó su interés hacia el estudio de actitudes colectivas o la “psicología histórica”, como a veces la llamaba (lo mismo que su amigo Henri Berr).<sup>38</sup> Durante el resto de su vida Febvre se concentró en la seria investigación de la historia del Renacimiento y de la Reforma, especialmente en Francia.

Comenzó esta parte de la trayectoria con cuatro conferencias sobre

protorrenacimiento francés, con una biografía de Lutero y con un polémico artículo sobre los orígenes de la reforma francesa, que Febvre describió como “una cuestión mal planteada” (*une question mal posée*). Todas estas contribuciones se orientaban a la historia social y a la psicología colectiva.

Las conferencias sobre el Renacimiento, por ejemplo, rechazaban las tradicionales explicaciones de este movimiento dadas por historiadores de la literatura y del arte (incluso de su antiguo maestro Emile Mâle), explicaciones que hacían hincapié en una evolución interna. En cambio Febvre daba una explicación social a esta “revolución”, ponía el acento en lo que podría llamarse la “demanda” de nuevas ideas y también, como en la tesis sobre el Franco Condado, sobre el surgimiento de la burguesía.<sup>39</sup>

Análogamente, el artículo de Febvre sobre la reforma criticaba a los historiadores eclesiásticos porque éstos trataban ese movimiento como algo esencialmente relacionado con “abusos” institucionales y con la corrección de éstos, en lugar de considerarlo como “una profunda revolución del sentimiento religioso” (*une révolution profonde du sentiment religieux*). La causa de esta revolución, según Febvre, era una vez más el surgimiento de la burguesía, que “necesitaba... una religión clara, razonable, humana y mansamente fraternal”.<sup>40</sup> Invocar a la burguesía parece hoy un poco trivial, pero continúa siendo inspirado el intento de eslabonar la historia religiosa y la historia social.

Tal vez al lector le sorprenda el hecho de que Febvre escribiera una biografía histórica en ese momento de su trayectoria. Pero el prefacio que el autor puso al estudio de Lutero afirmaba que no se trataría de una biografía sino que era un intento de resolver un problema, en este caso “el problema de la relación entre el individuo y el grupo, entre la iniciativa personal y la necesidad social” (*la nécessité sociale*). Observaba Febvre que en 1517 existían potenciales discípulos de Lutero, los miembros de la burguesía una vez más, un grupo que estaba adquiriendo “un nuevo sentido de su importancia social” y que se sentía incómodo a causa de la mediación clerical entre Dios y el hombre. De cualquier manera, Febvre se negaba a reducir las ideas de Lutero a una expresión de los intereses de la burguesía. Por el contrario, sostuvo que esas ideas creativas no siempre eran adecuadas a su marco social y que tuvieron que ser adaptadas a las necesidades y a la mentalidad de la burguesía por los discípulos de Lutero, especialmente por Melanchthon.<sup>41</sup>

Es evidente que ciertos temas centrales se repiten una y otra vez en la obra de Febvre y que también existía una tensión creativa entre su fascinación por los individuos y su interés por los grupos, así como existía una tensión entre su vivo interés por la historia social de la religión y su

deseo igualmente intenso de no reducir actitudes y valores espirituales a meras expresiones de los cambios producidos en la economía o en la sociedad.

### 3. La fundación de *Annales*

Poco después de terminar la Primera Guerra Mundial, Febvre proyectó fundar una revista internacional dedicada a la historia económica y que debía dirigir el gran historiador belga Henri Pirenne. El proyecto tropezó con dificultades y se lo dejó a un lado. En 1928, Bloch tomó la iniciativa de reanimar los planes para fundar una revista (una revista francesa esta vez), y en esta ocasión el proyecto tuvo éxito.<sup>42</sup> Se pidió de nuevo a Pirenne que dirigiera la revista, pero el hombre declinó el ofrecimiento, de manera que Febvre y Bloch fueron los directores asociados.

*Annales d'histoire économique et sociale*, como se llamó primero según el modelo de *Annales de géographie* de Vidal de la Blache, fue planeada desde el principio para ser algo más que otra publicación histórica. Aspiraba a ser la guía intelectual en los campos de la historia económica y de la historia social.<sup>43</sup> La revista fue un verdadero vocero de las aspiraciones de los editores que abogaban por un nuevo enfoque interdisciplinario de la historia.

El primer número se publicó el 15 de enero de 1929. Ese número llevaba un mensaje de los directores en el que se explicaba que la publicación se había proyectado hacía ya mucho tiempo pero que había encontrado ciertas barreras entre los historiadores y los que cultivaban otras disciplinas; se hacía notar la necesidad del intercambio intelectual.<sup>44</sup> El comité de redacción incluía no sólo a historiadores de historia antigua y moderna sino también a un geógrafo (Albert Demangeon), a un sociólogo (Maurice Halbwachs), a un economista (Charles Rist) y a un especialista de ciencia política (André Siegfried, un ex alumno de Vidal de la Blache).<sup>45</sup>

En los primeros números, los historiadores económicos eran los más prominentes; Pirenne, por ejemplo, que escribió un artículo sobre la instrucción de los mercaderes medievales; el historiador sueco Eli Heckscher, autor de un famoso estudio sobre mercantilismo, y el norteamericano Earl Hamilton, más conocido por su obra sobre el tesoro norteamericano y la revolución de los precios producida en España. En aquel momento, la publicación parecía más o menos el equivalente o el rival francés de la *Economic History Review* británica. Sin embargo, en 1930 se anunciaba la intención de la revista de establecerse en el "terreno

casi virgen de la historia social” (*sur le terrain si mal défriché de l’histoire sociale*).<sup>46</sup> La publicación también se interesaba por el método de las ciencias sociales, lo mismo que la *Revue de Synthèse Historique*.

El énfasis puesto en la historia económica sugiere que en los primeros años Bloch fue el codirector dominante. Pero sin ver toda la correspondencia de los dos hombres, buena parte de la cual no se ha publicado, sería aventurado conjeturar si Febvre fue más importante que Bloch en la historia de *Annales* después de 1929 o siquiera tratar de establecer cómo se dividieron el trabajo de la revista. Lo que se puede decir con cierta confianza es que si ambos hombres no hubieran estado de acuerdo en lo fundamental y si no hubieran trabajado juntos, el movimiento no habría tenido el éxito que tuvo. De todas maneras, es necesario considerar separadamente las contribuciones históricas de los dos asociados después de 1929.

### **Bloch: sobre historia rural y sobre feudalismo**

La carrera de Bloch quedó bruscamente interrumpida por la guerra. En las últimas décadas de su labor académica Bloch produjo algunos artículos seminales y dos importantes libros. Los artículos comprendían un estudio de los molinos de viento y de los obstáculos culturales y sociales que se oponían a su difusión; también contenían reflexiones sobre el cambio tecnológico considerado “como un problema de psicología colectiva”.<sup>47</sup> Como a menudo se considera a Bloch un historiador económico, puede resultar conveniente llamar la atención sobre su interés por la psicología, como se comprueba evidentemente en *Los reyes taumaturgos*, pero visible también en el artículo sobre el cambio tecnológico, una conferencia que se ofreció a un grupo de psicólogos profesionales y que pedía la colaboración de las dos disciplinas.<sup>48</sup>

El principal esfuerzo de Bloch estuvo dedicado a dos libros importantes. El primero fue su estudio de la historia rural francesa. El libro tuvo su origen en la serie de conferencias dadas en Oslo por invitación del Instituto para el Estudio Comparado de las Civilizaciones.<sup>49</sup> Sin embargo, en cierto sentido se trataba de una ampliación en el tiempo y en el espacio de la tesis sobre la población rural de la Ile-de-France durante la Edad Media, tesis que se había proyectado antes de la Primera Guerra Mundial y que había sido abandonada cuando Bloch tuvo que alistarse en el ejército. El libro, publicado en 1931, tiene poco más de doscientas páginas y es un breve ensayo sobre un amplio tema que revela las dotes que el autor tenía para la síntesis y para llegar a los puntos esenciales de un problema.

El ensayo fue y continúa siendo importante por una serie de razones.

Lo mismo que *Los reyes taumaturgos*, se ocupaba de fenómenos desarrollados en el largo plazo, en la duración larga, desde el siglo XIII al siglo XVIII; mostraba esclarecedoras comparaciones y contrastes entre Francia e Inglaterra. La concepción de Bloch de la "historia rural" (*histoire agraire*), definida como "el estudio combinado de técnicas rurales y de costumbres rurales" era inusitadamente amplia para su época, cuando los historiadores tendían a escribir sobre temas más reducidos, como la historia de la agricultura o de la servidumbre o de la propiedad rural. Igualmente inusitado es el empleo sistemático que hace Bloch de fuentes no literarias, como por ejemplo mapas de fincas y heredades; también muy amplia era su concepción de la "cultura rural" (*civilisation agraire*), expresión que eligió para hacer hincapié en el hecho de que la existencia de diferentes sistemas agrarios no podía explicarse atendiendo solamente al ambiente físico.<sup>50</sup> *La historia rural de Francia* es quizá muy célebre por su llamado "método regresivo". Bloch señalaba la necesidad de "leer la historia hacia atrás" (*lire l'histoire à rebours*) por la razón de que sabemos más sobre los períodos cercanos y porque es bien prudente proceder desde lo conocido a lo desconocido.<sup>51</sup> Bloch emplea efectivamente este método, pero no pretende haberlo inventado. Con el nombre de "método retrogresivo" ya había sido empleado por F.W. Maitland —un estudioso al que Bloch profesaba considerable admiración— en su clásico estudio *Registro del gran catastro y más allá* (1897); el "más allá" del título se refiere al período anterior al Registro del gran catastro verificado en 1086.<sup>52</sup>

Unos pocos años antes del de Maitland, otro estudio sobre la Inglaterra medieval que interesaba mucho más a Bloch, el estudio de Frederick Seebohm, *La comunidad aldeana inglesa* (1883), comenzaba con un capítulo sobre "El sistema inglés de campo abierto examinado en sus restos modernos", especialmente en Hitchin, donde vivía Seebohm, antes de volver a la Edad Media. En realidad, el historiador de la antigüedad Fustel de Coulanges, el maestro del padre de Bloch, había abordado de manera análoga *La ciudad antigua* (1864) al estudiar la historia de la *gens* griega y romana. El autor admite que todos los testimonios sobre este grupo social "datan de una época en que aquél ya no era más que una sombra de sí mismo", pero sostiene que ese testimonio tardó así y todo nos permite "tener un atisbo" del sistema en su estado primero.<sup>53</sup> En otras palabras, Bloch no inventó un nuevo método; lo que hizo fue emplearlo de manera más sistemática y consciente que sus predecesores.

El segundo libro, *La sociedad feudal* (1939-40) es la obra por la que hoy más se conoce a Bloch. Se trata de una ambiciosa síntesis que abarca unos cuatro siglos de historia europea, desde el año 900 al 1300, con una

amplia variedad de temas, muchos de los cuales habían sido tratados en otros lugares, como por ejemplo servidumbre y libertad, realeza sagrada, importancia del dinero, etc. En este sentido, el libro resume la obra de toda la vida de Bloch. A diferencia de anteriores estudios sobre el sistema feudal, la obra no se limita a considerar la relación entre la posesión de las tierras, la jerarquía social, la guerra y el Estado. Trata la sociedad feudal como un todo, lo que hoy podríamos llamar “la cultura del feudalismo”.

También trata una vez más la psicología histórica, lo que el autor llamaba “modos de sentimiento y de pensamiento” (*façons de sentir et de penser*). Esta es la parte más original de la obra, una exposición que se refiere, entre otros temas, al sentido medieval del tiempo o, mejor dicho, a la indiferencia medieval al tiempo o en todo caso a la falta de interés por una medición precisa. Bloch también dedica un capítulo a la “memoria colectiva”, un tema que lo había fascinado durante mucho tiempo como había fascinado a su amigo, el sociólogo durkheimiano Maurice Halbwachs (véase pág. 28).

*La sociedad feudal* es ciertamente la obra más durkheimiana de Bloch. El autor continúa empleando expresiones como *conscience collective, mémoire collective, représentations collectives*.<sup>54</sup> Hay algunas observaciones incidentales que se hacen eco de su maestro, como por ejemplo, “en toda literatura, una sociedad contempla su propia imagen.”<sup>55</sup> El libro se refiere esencialmente a uno de los temas centrales de la obra de Durkheim, la cohesión social. Esta particular forma de cohesión o de “lazos de dependencia” (*liens de dépendance*) se explica esencialmente de una manera funcionalista como una adaptación a las “necesidades” de un particular medio social o, más precisamente, como una respuesta a las tres oleadas de invasiones: la de los vikingos, la de los musulmanes y la de los magiares.

La preocupación de Durkheim por las comparaciones, por las tipologías y por la evolución social dejó su marca en una sección del final del libro titulada “el feudalismo como forma típica de organización social” (*la féodalité comme type social*), en la que Bloch sostiene que el feudalismo no fue un fenómeno único sino que fue una fase reiterada de evolución social. Con su habitual precaución Bloch señalaba la necesidad de que se hicieran más análisis sistemáticos, pero luego menciona al Japón como un ejemplo de sociedad que espontáneamente produjo un sistema en esencia semejante al del Occidente medieval. Señalaba significativas diferencias entre las dos sociedades, especialmente el derecho del vasallo europeo de desafiar a su señor. Con todo, este interés por las tendencias repetidas y por las comparaciones con remotas sociedades hace que la obra de Bloch resulte mucho más sociológica que la de

otros historiadores franceses de su generación. Ciertamente era demasiado sociológica para el gusto de Lucien Febvre, quien regañaba a Bloch porque éste no trataba los casos individuales más detalladamente.

#### 4. La institucionalización de *Annales*

En la década de 1930 se dispersó el grupo de Estrasburgo. Febvre abandonó la ciudad en 1933 para hacerse cargo de una cátedra en el prestigioso Collège de France, en tanto que Bloch abandonó Estrasburgo en 1936 para suceder a Hauser en la cátedra de historia económica de la Sorbona. Considerando la importancia que tenía París en la vida intelectual francesa, estos desplazamientos hacia el centro eran signos del éxito del movimiento de *Annales*.

Otro signo fue el nombramiento de Febvre como presidente de la comisión organizadora de la *Encyclopédie Française*, una ambiciosa empresa interdisciplinaria que comenzó su publicación en 1935. Uno de los volúmenes más notables de esta enciclopedia fue el editado por el antiguo maestro de Febvre, Antoine Meillet, que versaba sobre lo que podría llamarse “aparato conceptual” o “equipo mental”, *ouillage mental*, en el original francés. Podría afirmarse que ese volumen echó las bases de la historia de las mentalidades. Sin embargo, habría que agregar que más o menos en la misma época, el ex colega que Febvre tenía en Estrasburgo, Georges Lefebvre, publicaba un artículo —que iba a hacerse célebre— sobre las turbas revolucionarias y sus mentalidades colectivas. Irritado por el hecho de que el psicólogo conservador Gustave Lebon diera por descontada la irracionalidad de las muchedumbres, Lefebvre trataba de establecer la lógica de las acciones de las masas.

*Annales* llegó a ser gradualmente el centro de una escuela historiográfica. En las décadas de 1930 y 1940, Febvre escribió la mayor parte de sus ataques contra los empiristas y especialistas de mente estrecha y sus programas para propiciar el “nuevo tipo de historia” relacionado con *Annales*; pedía colaboración en la investigación, propiciaba una historia orientada según los problemas (*l'histoire-problème*), la historia de las sensibilidades, etc.<sup>56</sup>

Febvre siempre se inclinó a dividir el mundo en aquellos que estaban con él y aquellos que estaban contra él y a dividir la historiografía en “la de ellos” y la “nuestra”.<sup>57</sup> Pero seguramente tenía razón cuando en 1939 reconocía la existencia de un grupo de simpatizantes, “un núcleo fiel de jóvenes”, que seguían lo que llamaban “el espíritu de *Annales*” (*l'esprit des Annales*).<sup>58</sup> Probablemente pensaba en primer lugar en Fernand Braudel, a quien había conocido personalmente en 1937, pero

también había otros jóvenes. En esa época Pierre Goubert estudiaba con Marc Bloch y, aunque posteriormente se especializó en el siglo XVII, permaneció fiel a la historia rural del estilo de Bloch. Algunos de los discípulos que Bloch y Febvre tuvieron en Estrasburgo transmitían ahora los mensajes de ambos hombres en colegios y universidades. En Lyon, Maurice Agulhon estudiaba historia con un discípulo de Bloch y Georges Duby con otro. Duby consideraba a Bloch, a quien nunca conoció, como su “maestro”.<sup>59</sup>

Estos procesos quedaron detenidos durante un tiempo a causa de la Segunda Guerra Mundial. La reacción de Bloch, aunque ya tenía cincuenta y tres años en 1939, fue alistarse en el ejército. Después de la derrota de Francia, Bloch regresó brevemente a la vida académica pero luego se unió al movimiento de resistencia en el que desempeñó una parte muy activa hasta que lo apresaron los alemanes. Fue fusilado en 1944. A pesar de sus “actividades de extramuros”, Bloch encontró tiempo para escribir dos breves libros durante los años de la guerra. El primero, *Extraña derrota*, era la relación de un testigo ocular del colapso francés de 1940 y era también un intento de comprenderlo desde el punto de vista de un historiador.

Quizás aún más notable era la capacidad de Bloch que le permitió componer sus tranquilas reflexiones sobre los fines y métodos de la historia en un momento en que estaba cada vez más aislado y ansioso por las futuras perspectivas de su familia, de sus amigos y de su país. Este ensayo sobre el “oficio de historiador” (*métier d'historien*), que quedó inconcluso a la muerte del autor, es una introducción lúcida, moderada y sensata a ese tema —y continúa siendo la mejor contribución que tenemos— antes que un manifiesto en favor de la nueva historia que seguramente habría escrito Febvre en su lugar.<sup>60</sup> El único rasgo iconoclasta era una sección en la que se atacaba lo que Bloch llamaba, según el estilo de Simiand, “el ídolo de los orígenes”, y en la que Bloch sostenía que todo fenómeno histórico ha de explicarse atendiendo a su propio tiempo y no a una época anterior.<sup>61</sup>

### El Rabelais de Febvre

Mientras tanto, Febvre continuaba publicando la revista primero en nombre de los dos directores y luego sólo en el suyo.<sup>62</sup> Demasiado viejo para luchar, se pasó la mayor parte de la guerra en su casita de campo escribiendo una serie de libros y artículos sobre el Renacimiento y la Reforma en Francia. Varios de esos estudios se refieren a individuos, como Margarita de Navarra y François Rabelais, sólo que no son biografías en el sentido estricto del término. Fiel a sus propios preceptos,

Febvre organizó esos estudios alrededor del problema. Por ejemplo, ¿cómo se explicaba que Margarita, una princesa instruida y piadosa, escribiera una colección de cuentos, el *Heptamerón*, algunos de los cuales eran en extremo procaces? ¿Era Rabelais un incrédulo o no lo era?

*El problema de la incredulidad en el siglo XVI: la religión de Rabelais*—para dar su título completo—es uno de los trabajos de historia más fructíferos publicados en este siglo. Junto con *Los reyes taumaturgos* de Bloch y el artículo de Lefebvre sobre las multitudes, este trabajo inspiró la historia de las mentalidades colectivas a la que tantos historiadores franceses se entregaron a partir de la década de 1960. Como muchos estudios de Febvre, éste comenzaba con su reacción contra los puntos de vista de otro historiador. Febvre estaba tan irritado que se puso a estudiar a Rabelais cuando encontró la sugerencia, contenida en la edición de *Pantagruel* de Abel Lefranc, de que Rabelais era un incrédulo que escribía con miras a socavar el cristianismo. Febvre estaba convencido no sólo de que esta interpretación era equivocada en cuanto al propio Rabelais, sino también anacrónica, pues atribuía al autor de *Pantagruel* pensamientos que no eran concebibles en el siglo XVI; de manera que se propuso refutar dicha interpretación.

*El problema de la incredulidad* tiene una estructura bastante inusitada, la de una especie de pirámide invertida. Comienza de una manera extremadamente precisa y filológica. Según Lefranc, muchos de los contemporáneos habían denunciado el ateísmo de Rabelais, de suerte que Febvre se puso a examinar a esos contemporáneos, que en su mayor parte eran poetas menores neolatinos de la década de 1530, a fin de mostrar que el término “ateo” no tenía entonces su precisa significación moderna. Era una palabra de difamación, “usada en cualquier sentido que uno quisiera darle”.

Pasando de esta discusión de una sola palabra, Febvre consideró los chistes aparentemente blasfemos que Rabelais hacía en *Pantagruel* y *Gargantúa*, bromas que Lefranc en su argumentación había considerado muestras del “racionalismo” del autor. Febvre señalaba que aquellos chistes pertenecían a una tradición medieval de la parodia de lo sagrado a la que se habían entregado frecuentemente clérigos medievales; esas bromas no eran prueba de racionalismo. Según Febvre, Rabelais era un cristiano de corte erasmiano: un crítico de muchas de las formas exteriores de la Iglesia medieval tardía, pero hombre que creía en la religión interior.

Cabría esperar que en este punto el libro tocara a su fin puesto que quedaban verificadas las credenciales religiosas de Rabelais y los argumentos de Lefranc estaban refutados. Pero lo que realmente hizo Febvre fue ampliar aún más su investigación. Dejando atrás a Rabelais, Febvre

continuó considerando lo que llamaba la imposibilidad del ateísmo en el siglo XVI. Marc Bloch había intentado explicar por qué la gente continuaba creyendo en el milagro del toque real aun cuando las curaciones fracasaban. De manera semejante, Febvre trataba ahora de explicar por qué la gente no dudaba de la existencia de Dios. Sostenía que el *outillage mental* de ese período, su “aparato conceptual”, no permitía la incredulidad. Febvre abordaba el problema con su característica manera, es decir; valiéndose de una especie de *vía negativa*, y hacía notar la importancia de lo que faltaba en el vocabulario del siglo XVI, las “palabras que faltaban” (*mots qui manquent*), términos claves como “absoluto” y “relativo”, “abstracto” y “concreto”, “causalidad”, “regularidad” y muchas otras. Sin ellas, y aquí Febvre se hace la pregunta retórica, “¿cómo podía darse a un pensamiento un vigor verdaderamente filosófico, solidez y claridad?”.

El interés de toda la vida que manifestó Febvre por la lingüística está en la base de esta discusión en extremo original. Sin embargo, no se daba por satisfecho con el análisis lingüístico. El libro terminaba con consideraciones sobre algunos problemas de psicología histórica. Esta parte del libro es la más conocida, la más controvertida y la más inspirada. Febvre observaba, por ejemplo, que las concepciones del siglo XVI del tiempo y del espacio eran sumamente imprecisas medidas con nuestros criterios. “¿En qué año nació Rabelais? El mismo no lo sabía”; y no había nada raro en esto. El “tiempo medido” o tiempo del reloj era menos importante que el “tiempo experimentado”, que se describía atendiendo a la salida del sol, al vuelo de las becasas o a la duración de un avemaría. Febvre iba aún más lejos y sugería que en ese período la vista era un sentido “infra-desarrollado” y que faltaba el sentido de la belleza de la naturaleza. “En el siglo XVI no había ningún Hotel Bellevue ni ningún Hotel Beau Site. Estos no habrían de aparecer hasta la época del romanticismo”.

Según Febvre, era aún más significativa en ese período la falta de una cosmovisión. “Nadie tenía el sentido de lo que era imposible.” Supongo que Febvre pensaba que en general no había criterios aceptados de lo que era imposible, pues el adjetivo “imposible” no era una de esas “palabras que faltaban”. Como resultado de esta falta de criterios, lo que nosotros llamamos “ciencia” era literalmente inconcebible en el siglo XVI. “Guardémonos de proyectar esta concepción moderna de la ciencia a la instrucción de nuestros antepasados.” El aparato conceptual del período era demasiado “primitivo”. De manera que un análisis preciso y técnico de la significación del término “ateo” usado por un puñado de poetas condujo a una audaz caracterización de la cosmovisión de toda una época.

Al cabo de casi cincuenta años, el libro de Febvre nos parece ahora

un tanto pasado de moda. Historiadores posteriores han señalado pruebas de que se equivocó al sugerir que Rabelais abrigaba considerable simpatía por algunas ideas de Lutero. Otros han cuestionado la suposición de Febvre de que en el siglo XVI era inconcebible el ateísmo, fundándose en los interrogatorios de la Inquisición practicados en España y en Italia y señalando a algunos individuos que parecían por lo menos haber negado la Providencia o haber profesado alguna forma de materialismo.<sup>63</sup> La teoría del subdesarrollo de la vista —recogida veinte años después por el teórico canadiense Marshall McLuhan— no es muy plausible. Que haya habido o no en la Francia del siglo XVI un Hotel Bellevue, lo cierto es que existía un Belvedere en la Florencia renacentista, en tanto que Alberti y otros sostenían que el ojo tenía preeminencia sobre el oído.

La más seria de todas es la crítica de que Febvre suponía con bastante ligereza una homogeneidad de pensamiento y de sentimiento en los veinte millones de franceses de aquel período, por lo que confiadamente escribía sobre “los hombres del siglo XVI” como si no hubiera diferencias significativas entre lo que pensaban hombres y mujeres, ricos y pobres, etc.<sup>64</sup>

Sin embargo, el libro de Febvre continúa siendo una obra ejemplar por las cuestiones que plantea y los métodos que sigue más que por las respuestas que da. Trátase de un sobresaliente ejemplo de historia orientada según los problemas. Como *Los reyes taumaturgos* de Bloch, ejerció considerable influencia en los escritos históricos de Francia y de otros lugares. Irónicamente, no parece haber tenido gran efecto en Fernand Braudel, a quien estaba dedicado el libro. Sin embargo, la historia de las mentalidades tal como se cultivó a partir de la década de 1960 y como lo hicieron, por ejemplo, Georges Duby, Robert Mandrou, Jacques Le Goff y muchos otros, debe no poco al ejemplo de Febvre y al de Bloch.

### Febvre en el poder

Después de la guerra, Febvre tuvo por fin su oportunidad. Se lo invitó a ayudar a reorganizar una de las principales instituciones del sistema francés de educación superior, la Ecole Pratique des Hautes Etudes, fundada en 1884. Se lo eligió miembro del instituto. También llegó a ser el delegado francés de la UNESCO, encargado de la organización de un multivolumen, “Historia Científica y Cultural de la Humanidad”. A causa de todas estas actividades, a Febvre le quedaba poco tiempo para escribir extensamente, de manera que los proyectos de sus últimos años no llegaron a concretarse (como el volumen sobre “Pensamiento y creencia occidentales” desde 1400 a 1800) o fueron terminados

por otros. La historia del libro impreso y sus efectos en la cultura occidental durante el Renacimiento y la Reforma fue en gran medida la obra del colaborador de Febvre, Henri-Jean Martin, aunque se publicó con los dos nombres.<sup>65</sup> El ensayo sobre psicología histórica, *Introducción a la Francia moderna*, fue redactado por el discípulo de Febvre sobre la base de sus notas, Robert Mandrou y publicado con el nombre de este último.<sup>66</sup>

Sin embargo, la máxima realización de Febvre durante los años de posguerra fue establecer la organización dentro de la cual podía desarrollarse "su" clase de historia, la Sexta Sección, fundada en 1947, de la Ecole Pratique des Hautes Etudes. Febvre fue el presidente de la Sexta Sección, dedicada a las ciencias sociales, y director del Centro de Investigaciones Históricas, que era una sección dentro de la sección. Colocó a sus discípulos y amigos en posiciones claves de la organización. Braudel, a quien Febvre trataba como a un hijo, lo ayudó a administrar el Centro de Investigaciones Históricas, así como *Annales*. Charles Morazé, un historiador que estudiaba el siglo XIX, se le unió en el pequeño comité de redacción de la revista. Robert Mandrou, otro de los "hijos" de Febvre, fue su secretario de organización en 1955, poco antes de la muerte de Febvre.

*Annales* había comenzado siendo la publicación de una secta herética. "Es necesario ser herético", declaraba Febvre en su conferencia inaugural *Oportet haereses esse*.<sup>67</sup> Sin embargo, después de la guerra la revista se transformó en el órgano oficial de una iglesia ortodoxa.<sup>68</sup> Con la dirección de Febvre los revolucionarios intelectuales lograron hacerse cargo de la posición histórica oficial en Francia. El heredero de este poder sería Fernand Braudel.